



El Liberalismo, la cristiandad y la historia de los prejuicios

Marco Mallamaci – Licenciado en Filosofía – UNSJ

Resumen

Existe una infinidad de caminos para contar la(s) historia(s) de las sociedades y la política. Partiendo de ciertos conceptos tomados de Hannah Arendt, se ha trabajado sobre la posibilidad de hacer visible las mutaciones de los plexos de prejuicios sobre los que se sostienen ciertas transformaciones sociopolíticas de la historia occidental. Con el objetivo de estudiar las mutaciones prejuiciales y las configuraciones funcionales del sistema liberal, se llegó a plantear que con el nacimiento del liberalismo se habrían dado ciertas transformaciones en el entramado de prejuicios en las cuales la tradición cristiana cumplió un papel fundamental. El argumento apunta a que la transformación central sobre la que se cimentó el florecimiento del liberalismo habría tenido que ver con que los prejuicios morales de la herencia cristiana mutaron en su funcionalidad pasando a ocupar el lugar de los prejuicios políticos. En el presente texto se intentará, explicitar los fundamentos de esta perspectiva y a la vez mostrar tres puntos históricos del pensamiento sobre los cuales se puede hacer visible el planteo.

Palabras claves: historia, política, moral, prejuicios, cristianismo, Modernidad, liberalismo.

El Liberalismo, la cristiandad y la historia de los prejuicios

Existe una infinidad de caminos para contar la(s) historia(s) de las sociedades y sus configuraciones políticas. Partiendo de los trabajos de Hannah Arendt, se ha trabajado sobre la posibilidad de hacer visible las mutaciones de los plexos de prejuicios sobre las que creció el sistema liberal. Allí se llegó a plantear que con el nacimiento del liberalismo se habrían dado ciertas inversiones en las aristas funcionales del entramado de prejuicios occidental. La transformación central sobre la que se cimentó el florecimiento del liberalismo habría tenido que ver con que los prejuicios morales de la herencia cristiana mutaron en su funcionalidad pasando a ocupar el lugar de los prejuicios políticos. Se intentará explicar los fundamentos de esta perspectiva y a la vez mostrar tres puntos históricos del pensamiento sobre los cuales se puede hacer visible el planteo.

I. Plexo de prejuicios. La idea de trabajar sobre la historia política y los plexos de prejuicios parte del abordaje que hace Arendt sobre el problema de la acción. Allí Arendt plantea que la acción cae siempre en una trama o en un mundo pre-existente, o sea en un plexo de prejuicios. Dice Arendt: “El hombre no puede vivir sin prejuicios [...] no hay ninguna forma de sociedad que no se base en prejuicios [...]”¹. ¿Qué son esos prejuicios? Los prejuicios son los que forman el mundo. Siempre que actuamos lo hacemos dentro de un tejido social, ese tejido social es un mundo. La acción siempre se da en un mundo compartido, construido y heredado. Desde

¹ ARENDT H. *Qué es la política*, Barcelona, Paidós, 1997, p. 53.

la perspectiva de Arendt la acción tiene que ver con tomar la palabra y actuar, dar lugar a que comience algo nuevo. Esa acción se ejerce sobre una red de prejuicios, las redes de prejuicios son los hilos que forman la textura social, son hilos que se han ido construyendo a través de la historia, a través de la acción de quienes nos preceden.

Cuando aparecemos en el mundo lo hacemos dentro de una estructura social que nos precede y atravesados por los hilos sociales de ese mundo vamos construyendo nuestro lugar en el sistema. Un cierto día nos damos cuenta que tenemos conciencia, que podemos reflexionar y que podemos preguntar, discutir, tomar la palabra y decir algo. Llegar a ese momento es posible no solo porque nos hemos insertado en un mundo de prejuicios heredado sino porque además hemos construido nuevos cruces y trenzas dentro de la textura prejuicial. Cuando comenzamos a ejercer el juicio lo hacemos desde cimientos prejuiciales, los prejuicios son el mundo que está antes del juicio, tener un lenguaje implica haber tejido una red de prejuicio compartida sobre la cual podemos accionar.

“Los prejuicios [...] Se refieren a lo que sin darnos cuenta, compartimos todos y sobre lo que ya no juzgamos [...]”². Dichos prejuicios son la pre-estructura que precede a la conciencia. ¿Qué tiene que ver esto con la política? Desde la perspectiva de Arendt, los prejuicios, el entre, la pluralidad y el afuera, son la condición para que exista un mundo³ y para que exista la política. Si seguimos a la autora podemos decir que estamos lejos de entender de qué se trata la política cuando la definimos como algo “esencial del hombre”. O sea, cuando decimos “el hombre es esencialmente un ser político” no estamos enfocando el punto fundamental del fenómeno. En primer lugar la política la ejercen los hombres, siempre dentro de la pluralidad. Y en segundo lugar, los hombres y el ejercicio de la política forman un fenómeno que radica afuera de los individuos. La política no se encuentra en el interior esencial de los hombres si no el espacio del afuera; espacio a través del cual la pluralidad cobra vida. El espacio del entre-los-hombres es la dimensión que hace posible que exista la política. Ese espacio del entre, o del afuera, es un mundo construido en forma plural. ¿Cómo está construido ese mundo? Sobre una historia de acciones que van dando forma a un entramado social tejido sobre prejuicios. Esos prejuicios que compartimos sin juzgar son las hebras que dan forma al mundo del entre, a la dimensión de la

² Ibidem, pp. 97-98.

³ Todo este complejo conceptual está articulado sobre los cimientos de la filosofía existencialista, entrar en los detalles de dicha corriente excede las posibilidades de nuestro trabajo.

pluralidad. Los prejuicios, el entre, el afuera, el mundo y la pluralidad, son la condición de posibilidad para la política.

Ese plexo de prejuicios sobre el que actuamos los hombres siempre es una herencia y esa herencia se articula sobre mutaciones históricas. Entonces, cuando Arendt analiza las configuraciones sociopolíticas de la Modernidad afirma que para comprender lo específico de aquel periodo se deben visualizar ciertos elementos que eran parte del juicio directo y que pasaron a formar parte de la pre-estructura prejuicial de la sociedad europea. En aquella transformación lo central habría sido que la política pasó a ser entendida como un medio que encuentra su meta en la libertad. Arendt explica que, desde la Modernidad en adelante el mundo occidental entiende a la política como un medio que encuentra su fin en la posibilidad de garantizar la libertad de las sociedades y de los individuos (las libertades civiles y públicas). Esa concepción de la política tendría que ver con las mutaciones funcionales del plexo de prejuicio que se dieron entre la Edad Media y la Modernidad. Desde este planteo se ha trabajado sobre el surgimiento del liberalismo y las transformaciones de las hebras prejuiciales que configuran el ejercicio y las coordenadas de dicho sistema político.

II. Los prejuicios y las articulaciones históricas. Partiendo de la explicación de Arendt de que la política radica en el afuera de los seres humano, o sea en la dimensión del entre, se puede decir que esto tiene que ver; en primer lugar con la pluralidad como fundamento de la dimensión política y en segundo lugar con el plexo de prejuicios que sostiene y hace posible lo social. Como ya se dijo, pluralidad y prejuicios son la condición del ser político de los hombres. Dicho complejo de prejuicios debe ser entendido como una formación íntegra, indisoluble en su funcionamiento concreto. Al decir que la textura de prejuicios de una sociedad es un fenómeno integral se está diciendo que es indivisible en su funcionamiento concreto. O sea, los hombres y las sociedades ejercemos la acción sobre un entramado que está formado por una infinidad de aristas e hilos: morales, religiosos, estéticos, económicos, políticos, gnoseológicos, etc. Dicho complejo funciona en forma integral, no es una suma de partes, sino que es un todo. Ahora, dicha integridad no impide la comprensión de sus aristas, articulaciones, engranajes y dinámicas funcionales. Los hilos de prejuicios que configuran el tejido de la pre-estructura social pueden

ser nombrados por su funcionalidad específica. Se pueden analizar prejuicios específicamente estéticos, políticos, religiosos, etc.

Las sociedades se apoyan en redes de prejuicios y dichas redes se van transformando a lo largo de la historia. En esa transformación va mutando la funcionalidad de los diferentes hilos prejuiciales. El juego planteado tiene que ver con entender a dichos complejos como tejidos en los cuales se encuentran líneas funcionales coherentes y líneas contradictorias, rupturas, continuidades, discontinuidades, etc. Si se pregunta por qué, o cómo una sociedad determinada llegó a configurarse sobre un complejo prejuicial particular, ahí comienza el juego laberíntico de la historia, las mutaciones y los condicionamientos. Haciendo una extrapolación de las ciencias físicas se puede decir que los prejuicios jamás se pierden, si no que se transforman en su funcionalidad y en su posición social. Lo que se pretende poner de manifiesto aquí, es cómo funcionaron los prejuicios y sus dinámicas de transformaciones a lo largo de la historia de Occidente, particularmente en el nacimiento y expansión del liberalismo.

III. Liberalismo y cristianismo, los principios morales y los prejuicios políticos. ¿Cómo fue la historia de las reconfiguraciones prejuiciales que desembocan en el liberalismo? El planteo que se busca exponer propone que, con el surgimiento y la expansión del liberalismo los prejuicios morales de la sociedad medieval europea habrían penetrado en la dimensión política transformándose en prejuicios netamente sociopolíticos. Para visualizar las transformaciones de los tejidos prejuiciales se pueden visualizar tres momentos del pensamiento occidental, la época de Maquiavelo, la de Rousseau, y la de Nietzsche. ¿Cómo iluminar los prejuicios en dichos periodos? En todos los discursos (conceptuales, estéticos, sonoros, etc.) se puede encontrar un tejido de prejuicio que funciona como cimiento de la textura epocal. El punto está en visualizar aquello que para el discurso en cuestión era parte de lo que se compartía y no se juzgaba. El planteo a defender en este trabajo es que, sobre el periodo medieval el mundo europeo construyó un entramado prejuicial cimentado sobre los principios cristianos en cuanto a lo moral y sobre la configuración romana territorial en cuanto a lo político. Pero con el paso del Renacimiento ese tejido se reconfiguró y mutó en su funcionalidad, los principios morales cristianos comenzaron a formar parte de los cimientos que dan forma a la pauta política y con ello surgió el liberalismo. Pasada la Modernidad, nuestro mundo contemporáneo heredó una textura en la cual los ejes de la democracia liberal son parte de los prejuicios que sostienen a la política, pero las hebras que dan

forma a lo moral se encuentran sobre un proceso de mutación funcional que lleva a la perplejidad.

Para visualizar el momento previo al nacimiento del liberalismo se puede recurrir a Maquiavelo. Al enfocar a Maquiavelo se suele hacer referencia al fundador del pensamiento político moderno, a aquel que diera a conocer la realidad política sin consideraciones morales. ¿Por qué tomar el ejemplo de Maquiavelo? Porque en su planteo de que la política tiene una lógica propia que no debe ser subyugada a la moral, la ética y la religión, se hace visible el funcionamiento de los prejuicios cristianos en dicho contexto. Teniendo en cuenta la propuesta de diferenciar lo moral y lo político, se podría pensar que Maquiavelo no es justamente un ejemplo que sirva para mostrar cómo el fin de la Edad Media estaba configurado sobre los prejuicios morales cristianos, pero las palabras de Maquiavelo son justamente el signo más claro del funcionamiento de los principios cristianos en tanto prejuicio.

Cuando Maquiavelo analiza la política como un mundo regido por coordenadas que no van de la mano con los principios morales, lo que está diciendo es que la moralidad cristiana y las lógicas del ejercicio político son incoherentes. Dice Maquiavelo: “[...] un príncipe no puede observar todas las cosas gracias a las cuales los hombres son considerados buenos, porque [...] para conservarse en el poder se ve arrastrado a obrar contra la fe, la caridad, la humanidad y la religión. Es preciso [...] que en caso de necesidad, no titubee en entrar en el mal.”⁴ En estas palabras Maquiavelo presupone ciertas categorías prejuiciales que sostienen el bien y el mal en sentido cristiano. Los prejuicios que dan forma a la textura sobre la cual se mueve Maquiavelo están formados por principios morales cristianos y por ejes romanos en lo político. En el fragmento escogido Maquiavelo habla de aquello por lo que los hombres son considerados buenos y de no titubear si hay que entrar en el mal. ¿Qué es lo bueno y lo malo para Maquiavelo? La respuesta hay que buscarla en los mandatos cristianos. De ninguna manera Maquiavelo contradice los mandatos de la Iglesia de Cristo; todo lo contrario, para él la caridad, la misericordia, la religión y las enseñanzas del resucitado son los ejes del bien. El problema está en que la política no puede ejercerse con absoluta coherencia en relación a dichos principios. Para Maquiavelo el mundo corrupto de la política se muestra incompatible con los principios

4 N. MAQUIAVELO, *El príncipe*, Buenos Aires, Dos Tintas, 2005, pp. 54-62.

morales, pero la acción pública de la política no implica caer en pecado ya que Dios todo lo ve y sabe que dicho disfraz corrupto solo tiene sentido en la esfera pública secular.

Para entender el entramado sobre el que habla Maquiavelo hay que ver lo siguiente: el mundo de la política es la dimensión de lo aparente, lo cambiante y lo corrupto; pero el mundo eterno de la divinidad y el bien absoluto es un mundo supraterráneo. Frente a este razonamiento la idea de Maquiavelo es que, lo importante no es ser siempre coherente con los mandatos morales, lo importante es mantener esa coherencia desde las intenciones. Por eso se dice que en el mundo de la política hay veces que se debe caer en el mal para posibilitar un bien. Lo que Maquiavelo busca hacer evidente es que el buen político no debe dudar en su accionar porque como Dios es omnisciente, de todas formas será juzgado según los principios de la eternidad supramundana, y lo importante no sería aparentar el bien frente a los mortales, sino hacer el bien aun utilizando medios que pueden ser entendidos por parte del vulgo como malos. Como el fin sigue siendo el bien político, al entrar en prácticas malas la contradicción queda salvada por la intención.

Entonces, para Maquiavelo el problema es que la Iglesia se entrometa en la política, o que el hombre de política quiera ser absolutamente coherente con el credo cristiano. Ambas situaciones llevan al vicio. Ni el hombre de política debe buscar ser absolutamente coherente con la moral cristiana (solo debe procurar serlo en cuanto su conciencia, intenciones y fines), ni la Iglesia debe buscar ejercer la política en el mundo corrupto de la apariencia. ¿Qué se puede ver en el ejemplo de Maquiavelo? Una sociedad europea que se apoyaba políticamente en los prejuicios romanos del territorio y la conquista militar, y moralmente sobre las líneas del decálogo misericordioso de Jesús. ¿Cómo es que esto se hace visible? En la imposibilidad de Maquiavelo de criticar la moralidad cristiana. Tanto en Maquiavelo como en cualquier pensador de la época se pueden encontrar planteos y críticas políticas o epistemológicas, pero nunca morales. El bien y el mal en el tejido prejudicial que sostiene al mundo de Maquiavelo está configurado sobre el decálogo cristiano. La misericordia, la compasión, y el decálogo son parte de aquello que se comparte y ya no se juzga. Es más, el trabajo de Maquiavelo no busca desenmascarar ningún tipo de prejuicio de la época más que aquel que servía para unir la práctica política y la moralidad. Lo único que busca Maquiavelo es darle dignidad independiente a ambas esferas, pero los ejes de las dos dimensiones se mantienen bajo la pauta heredada, la

moral sigue siendo cristiana y lo político sigue estando bajo el problema del Príncipe y la conquista territorial militarizada.

Entonces, la Europa de Maquiavelo, como también lo será la de Rousseau, llevaba en sus hilos prejuiciales morales las coordenadas cristianas. Con el paso del Renacimiento dicho tejido mutará; con el nacimiento del liberalismo Europa se secularizará, se desgubernamentalizará el cosmos y se gubernamentalizará la sociedad. Así, la moral cristiana penetrará en los hilos de las lógicas del ejercicio de la política.

Tanto los pensadores renacentistas como modernos llevaban en sus prejuicios la moralidad cristiana hecha prejuicio, por eso cuando Galileo, Maquiavelo, Descartes o Kant jaqueaban las estructuras heredadas en torno a lo político, lo epistemológico o lo social, nunca apuntaban hacia lo moral. Pero aun manteniendo aquella base de prejuicios morales, entre el siglo XV y el XVIII se produciría una reorganización del plexo prejuicial. Mientras Maquiavelo mostraba que el mundo corrupto de la política no era coherente con los principios de la moralidad, y que debían ser separados en favor de ambos; luego Hobbes, Locke, Rousseau, etc. dirían que no es suficiente dicha separación. El nuevo pregón sería que la política debe ser coherente con los principios cristianos de la compasión, la igualdad y la libertad. Los pensadores modernos, sin poner en duda sus principios morales, extendían la validez de dichos principios hacia el campo de lo político. Es en este periodo cuando la estructura netamente moral de prejuicios cristianos muta y se transforma en la estructura política del mundo moderno.

Para visualizar el planteo se puede tomar una frase, la de Rousseau cuando declara sentir un rechazo innato hacia el sufrimiento ajeno. Cuando Rousseau afirma sentir un rechazo innato hacia el sufrimiento ajeno, se debe pensar en el contexto del debate protoliberal, en el comienzo de la Modernidad. En ese debate la discusión pasaba por los alcances del civismo liberal, por las posibilidades de la libertad predicada en sentido universal y por la idea de una humanidad que goza de una igualdad absoluta y que debe ser garantizada por el ejercicio de la política. En esa problemática hay un planteo constante en todos los autores (Hobbes, Locke, Rousseau, Smith) en el cual se puede ver cómo un punto fundamental era la articulación entre lo moral y lo político. En todos estos autores el argumento pasaba por entender que en el civismo liberal hay un salto hacia la dimensión de la moralidad, hay un crecimiento moral de la sociedad. Si bien por naturaleza somos todos iguales, esa igualdad no conoce nada en términos de justicia y de

moralidad; por eso en el civismo político liberal se da lugar a la construcción de un ser moral y libre que puede ejercer la acción sobre los fundamentos de la justicia.

¿Qué se puede ver en la afirmación de Rousseau y en el marco del debate que la contiene? Que si antes Maquiavelo había intentado separar lo moral de lo político, ahora los modernos parecieran buscar una cierta reunificación de ambas esferas. Cuando Rousseau dice sentir un rechazo innato al sufrimiento ajeno está dando cuenta del funcionamiento de los principios cristianos de la compasión y la misericordia a nivel prejuicial. Cuando se pregona abogando por un sistema que garantice la libertad y la igualdad en sentido absoluto y omniabarcativo están funcionando los mandatos cristianos que quebraron los linajes de la trinidad judía. Y cuando se argumenta sobre fundamentos que plantean la posibilidad de un crecimiento moral articulado con una propuesta política, se está haciendo visible que hay una transformación funcional entre las hebras políticas y las hebras morales de la textura prejuicial.

Tanto Hobbes, Locke, Rousseau, Voltaire, Kant, Herder, etc. son pensadores formados bajo el credo moral cristiano, en ellos la estructura de los principios del crucificado funcionan en forma de prejuicio. Todo el pensamiento europeo moderno del cual brota la teorización en torno al liberalismo está configurado sobre las enseñanzas de los sacerdotes, de las Iglesias cristianas, de los jesuitas o de los doctores formados bajo el credo de Jesús. Por eso el pensamiento moderno lleva en su núcleo prejuicial el principio de la compasión, de la misericordia y de la igualdad universal. Al igual que en Maquiavelo ninguno de los modernos puede poner en duda el decálogo de Moisés, ese decálogo es parte de lo que no puede ser juzgado. Por un lado Kant da vuelta el tablero gnoseológico pero nunca duda del bien y el mal en sentido cristiano; por otro Hobbes, Locke y Rousseau teorizan sobre la nueva política liberal e igualitaria, pero tampoco intentan criticar la moralidad heredada. Pero lo particular en aquellos planteos es que esos principios de compasión y misericordia comenzaron a moverse hacia las hebras que sostienen el mundo político.

Foucault dice que cuando nace el liberalismo se desgubernamentalizó el cosmos y se gubernamentalizó la sociedad. O sea, las lógicas del pastado en sentido cosmo-teo-teleológico perdieron dicho alcance y se re-direccionaron hacia la conducción de lo netamente político y secular. Por otro lado Arendt plantea que con la experiencia medieval del cristianismo surgió una manera de entender la política en la cual esta debía servir como medio para garantizar la

existencia del espacio sagrado de la Iglesia. O sea, la Iglesia necesitó de la política para defender su posibilidad de existencia y para construir un espacio yuxtapuesto al mundano en el cual desarrollar sus ritos. En ese proceso habría surgido la concepción de que la política puede tener un fin externo a ella, y ese fin es la tutela de la libertad en el sentido universal cristiano. Para los griegos, momento en el cual nace el sistema político articulado con la libertad, la política no debía garantizar el ejercicio de la libertad sino que ya se debía ser libre para entrar en lo político. Para el Medioevo cristiano el sentido de lo político tenía que ver con proteger el espacio sacralizado y garantizar su existencia. Para la Modernidad la política debe defender la libertad pública y civil, y garantizar la productividad de la sociedad. Arendt dice que en ese trayecto hay ciertas transformaciones en el entramado de prejuicios. Para entender esas transformaciones se deben tener en cuenta las hebras heredadas del mundo greco-romano y las transformaciones experimentadas con el cristianismo. El pensamiento moderno une libertad e igualdad con el concepto de justicia y moralidad, y esto lo soluciona articulando un sistema político que garantice el ejercicio universal de estas ideas. En el núcleo de este planteo se encuentra el hijo del pueblo esclavo de Judea que desafiaba a los fariseos pidiendo igualdad y compasión universal.

Para dar forma al contenido de los principios cristianos se puede tomar a Hegel y a Nietzsche. En ambos se hace visible que el cristianismo es aquella religión que quebró la tribalidad judía, generó un Dios cosmopolita y una prédica misericordiosa que incluía a la humanidad en tanto humanidad, sin barreras culturales. Con Cristo, la compasión y el decálogo pasaron a tener validez universal: “todos los hombres son iguales ante Dios”. Esta estructura que tomaba forma moral durante la Edad Media, con los protoliberales modernos se transformó en política. Con Hobbes, Locke y Rousseau “todos los hombres son iguales y libres” en sentido político. Cuando Rousseau afirma sentir un rechazo innato por el sufrimiento ajeno está mostrando el principio de compasión universal cristiano hecho prejuicio. Esta época es el momento en el que definitivamente el sentido cosmológico de la gubernamentalidad pierde validez. Cuando se desgubernamentalizó el cosmos y se gubernamentalizó la sociedad, los prejuicios morales del cristianismo comenzaron a funcionar como cimiento de la nueva política liberal gubernamental, política que lleva en su núcleo el principio universal de la igualdad humana.

Allí está la transformación del plexo de prejuicios que será la condición de posibilidad para el surgimiento y la expansión del sistema político liberal. La moral cristiana se transformó en política, allí nace el liberalismo y queda atrás la política romana-medieval del poder absoluto basado en la conquista territorial.

Entonces, la época del Renacimiento es la época en la cual el complejo de prejuicio europeo funciona moralmente sobre los principios cristianos y políticamente sobre la conquista territorial romana. Luego, la época post-renacentista del protoliberalismo sería el periodo en el cual esos prejuicios morales cristianos comenzarían a determinar el sentido de las prácticas políticas. Por último y para mostrar un poco más la idea de que los prejuicios se transforman en su funcionalidad a lo largo de la historia, se puede avanzar un poco hasta encontrar a Nietzsche.

Con Nietzsche aparece una nueva textura prejuicial que posibilita lo que no había sido posible con Maquiavelo o Rousseau. Cuando Nietzsche plantea que los principios cristianos son moralina, que Dios ha muerto, que los valores occidentales son un proceso de decadencia y que se debe abrir paso a una transvaloración, está mostrando un periodo en el cual esa moral ya no era más parte de lo que una sociedad comparte sin juzgar. Justamente, porque esos principios ya no son parte de lo que no se juzga, Nietzsche puede elevar su discurso y pregonar en contra del bien y el mal en sentido cristiano. Cuando el loco de la plaza traía la noticia de la muerte de Dios, en dichos gritos se escondía el nacimiento del Dios mortal del civismo liberal y la nueva configuración del entramado prejuicial de Occidente.

Bibliografía

- . ARENDT H. *De la historia a la acción*, Barcelona, Paidós, 1997.
- . ARENDT H. *¿Qué es la política?*, Barcelona, Paidós, 1997.
- . ARENDT H. *Sobre la revolución*, Buenos Aires, Alianza 2008.
- . ARISTÓTELES, *Política*, Buenos Aires, Alianza, 1995.
- . FEINMAN J. P. *La filosofía y el barro de la historia*, Buenos Aires, Planeta, 2009.

- . FOUCAULT M. *Nacimiento de la biopolítica*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010.
- . FOUCAULT M. *Seguridad, territorio, población*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2009.
- . FRAIJÓS M. *Filosofía de la Religión, estudios y textos*, Madrid, Trotta, 1994.
- . HEGEL G.W.F. *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Madrid, Alianza, 1980.
- . HOBBS T. *Leviatán*, Buenos Aires, Losada, 2003.
- . JOHNSON P. *Historia del cristianismo*, Buenos Aires, Vergara, 1999.
- . LOCKE J. *Dos ensayos sobre el gobierno civil*, Espasa Calpe, Madrid 1992.
- . MAQUIAVELO N. *El príncipe*, Buenos Aires, Dos tintas, 2005.
- . MARX K. *El capital crítica de economía política*, México, Fondo de Cultura Económica, 1973.
- . MARX K. *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, Madrid, Globus, 2012.
- . MERQUIOR J. *Liberalismo viejo y nuevo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- . NIETZSCHE F. *El anticristo*, Madrid, Alianza, 1974.
- . NIETZSCHE F. *La gaya ciencia*, Buenos Aires, Gradifco, 2007.
- . PETRUCCIANI S. *Modelos de la filosofía*, Buenos Aires, Amorrortu, 2008.
- . ROUSSEAU J. *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, Barcelona, Editorial Pérez Galdós, 2004.

- . ROUSSEAU J. *El contrato social*, Barcelona, Editorial Pérez Galdós, 2004.
- . SCHWANITZ D. *La cultura*, Buenos Aires, Taurus, 2002.
- . WEBER M. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Buenos Aires, Prometeo, 2010.